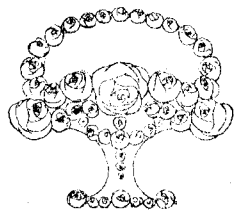




Con motivo de la fiesta de nuestro Santo Patrón nos place rendir tributo de admiración, adhesión y obediencia a nuestro invicto Caudillo, Generalísimo de los Ejércitos de Tierra, Mar y Aire, fiel continuador del Caudillo castellano vencedor en mil batallas que por gloria de Dios y de España llamóse Fernando.



DEL CONCURSO

Como me anunciábamos en el número anterior, el día 18 del corriente terminó el plazo de admisión de los trabajos. Aunque no han sido muy numerosos los recibidos, nos alegramos de momento por la aceptación que han demostrado al querer colaborar con este periódico, que es el vuestro. Ahora, que queremos dar ánimo a los «Vergonzosos»

para que se atrevan y se lancen a las lides literarias.

Grande ha sido el trabajo del jurado para clasificar el Primer Premio por lo acertado de los temas, tanto es así, que ha habido que crear un accésit al Primer Premio.

Todos los trabajos recibidos serán publicados en números sucesivos y en el de hoy hacemos el de los dos Premios.

LO QUE TENEMOS QUE HACER Y LO QUE DEBEMOS HACER

Por el Cabo Zapador **MIGUEL BLANCH** del 1.º Bón.

HISTÓRICO

Extraño título el de este Artículo ¿No es lo mismo lo que tenemos que hacer y lo que debemos hacer? A primera vista así lo parece y seguramente habréis pensado, como yo al principio, que la frase no tenía razón de ser, pero ya sin estudiarla a fondo, pronto se ve la diferencia. Reflexionando sobre ella, ha venido a mi memoria un hecho, que ocurrió en Rosas en el año 1947. Me refiero al salvamento de la guardia del campamento de Punta Falconera.

Amaneció el día 24 de Enero, con un cielo grisáceo y encapotado, que anunciaba grandes tormentas. Durante toda la jornada, ni por un solo instante apareció el sol. Al anocheecer empezó a nevar, primero fueron

unos copos pequeños y que caían en escasa cantidad, (nadie creía que aquello fuera el prelude de la mayor tempestad de nieve que se ha conocido en el litoral catalán) no tardando en convertirse en la más grande nevada allí registrada. Excedía de un metro el espesor de la nieve en las calles de Rosas al día siguiente. Era necesario hacerlas transitables así como la carretera que a ella conduce, para el normal avituallamiento de las fuerzas en aquella localidad destacada, pero había un problema más importante: el salvamento de los muchachos que se encontraban de guardia e incomunicados, en el Campamento de Punta Falconera, situado a unos ocho kilómetros de Rosas. Nuestro pensamiento estaba con ellos.

A las 10 de la mañana del día 25,

en medio del temporal que seguía reinando, salió la patrulla de socorro al mando de un Teniente. La carretera estaba bloqueada y era preciso avanzar campo a través. En todo lo que abarcaba la vista, únicamente el mar, estaba libre del manto blanco de nieve. La marcha era dura y exigía enormes sacrificios, pero a pesar de los obstáculos, que tuvieron que vencerse, se pudo llegar al campamento. ¡La guardia continuaba firme en su puesto! Sus provisiones estaban agotadas y se imponía la evacuación, siendo dada la orden de iniciar el regreso a Rosas, yendo con la patrulla los que tan fielmente habían permanecido en la posición.

Exhaustos por el camino recorrido, ateridos por el frío y continuamente azotados por la ventisca cada